

# REVISTA DE ENFERMERÍA

# ROL

Con este número  
se adjunta el Suplemento 18  
de FORMACIÓN PERMANENTE

AÑO X

MAYO 1987

N.º 105



- Enuresis nocturna
- Adenoma de próstata
- Nutrición enteral y alimentación por sonda
- Quimioterapia oncológica en Ginecología
- Movilización y transporte de enfermos

AGIS

# Las palabras van por libre

Rosa María Alberdi \*

J. Cortázar escribió un maravilloso relato corto en el que demuestra taxativamente y frente a toda apariencia contraria que cuando a uno le regalan un reloj lo que pasa es lo contrario: uno es el regalado. Es el reloj el que recibe el obsequio. A él, máquina despótica, es a quien somos para siempre regalados.

Cito al empezar el cuento de Cortázar porque esta reflexión tiene la intención de plantear una idea que, como la que encierra el relato del reloj, se aparta completamente de lo que las apariencias certifican cada día.

Creo, y lo he manifestado en muchas ocasiones, que el «espíritu humano» —aquella parte de nosotros que nos diferencia profunda e insalvablemente del resto de animales—, está hecho de símbolos. La capacidad de abstraer, de simbolizar y transmitir, a través de los múltiples lenguajes, esas abstracciones, es lo que nos hace hombres.

Siguiendo esta línea de pensamiento, opino que la adquisición del lenguaje, fundamentalmente del verbal que es el más elaborado, nos desgajó de la Naturaleza, convirtiéndonos para siempre en extraños para el resto de los seres vivos. Con ello perdimos mucho. Por ejemplo, debimos renunciar a sentir, sufrir o disfrutar cualquier sensación puramente biológica; cualquier síntoma exclusivamente físico.

Perdimos mucho pero ganamos casi todo. Ganamos la posibilidad de la interlocución, la posibilidad de transmitirnos, de explicarnos, de entendernos, de entregarnos...

Ganamos o así lo hemos creído siempre, la herramienta fundamental de las palabras.

Y precisamente ahí, en esta concepción del lenguaje como herramienta es donde quiero centrar mi reflexión.

**Es el reloj el que recibe el obsequio.  
A él, máquina despótica,  
es a quienes somos para siempre  
regalados**

Durante miles de años los seres humanos, tan ingenuamente soberbios, nos hemos sentido dueños de las palabras. Y desde esa perspectiva las hemos utilizado como mejor nos ha convenido para expresar quiénes somos y qué queremos. Las hemos devaluado en discursos huecos, limitado en frases simples, malgastado, confundido, desgastado e incluso nos han servido como armas, abrumándonos con la posibilidad de herir o matar.

También, como dóciles sirvientas, han vehiculado el amor y la ternura pero aún en esa función gratificante, no hemos dejado que fueran más que las transmisoras fieles de nuestro pensamiento.

Pero en ese rodar de boca en boca y de texto en texto, las palabras, que originalmente sólo servían para explicar la intención de su autor, han ido llenándose de significados. Adquiriendo su propio peso y sentido... cargándose de poder... convirtiéndose ellas mismas en mensaje.

Y así, sin que los aparentes amos se enteraran, las palabras han ido consiguiendo la inversión de los papeles: que nosotros seamos sólo la herramienta que las transporta y expande.

McLuhan, tan lúcido para resaltar las características de los medios de comunicación, ya dijo en su día que el medio (la televisión, el vídeo, la radio, etc...) sin tener en cuenta lo que a través de él se emite, es el mensaje.

\* Enfermera. Jefe de Sección de Ordenación Profesional de la Consejería de Salud y Consumo. Junta de Andalucía.

Así, con las palabras pasa que, otra vez soberbios e ingenuos, creemos poder utilizarlas exclusivamente según nuestras necesidades, sin darnos cuenta de ellas, instaladas como reinas en las frases, transmiten muchas más cosas que las que queremos decir.

Por ejemplo, ocurre a veces que alguien durante una temporada en la que se enfrenta a una situación laboral ambigua, adopta como respuesta a las interrogaciones en ese sentido, frases como «no sé, no lo veo claro» o «estoy confundido, no acabo de verlo bien».

En ese caso, el emisor, anclado en su papel de dueño y señor del lenguaje, no advierte que esa expresión «no veo claro» de ningún modo se deja restringir al aspecto laboral al que él la refiere. Cuando pronuncia «no veo claro» también está diciendo que hay niebla, que están los cristales sucios, que no está suficientemente iluminado un espacio, que no sabe qué camino elegir, que debe ponerse gafas, que algo le nubla la visión, que está oscureciendo y mil cosas más...

Las palabras que cualquiera emite, son captadas por el receptor e inmediatamente descodificadas para ser entendidas. En esa descodificación, el sentido que predomina viene impuesto por el tema general de la conversación, la entonación y los otros elementos de la frase. Así, se hace posible que cuando nuestro amigo dice «no lo veo claro», nosotros entendamos que lo que está confuso es exclusivamente su situación laboral.

Pero este circuito de comunicación que acabo de describir no es, ni mucho menos, el único que se produce. Cuando emitimos o recibimos alguna palabra, ésta resuena en nuestro interior, como en una bóveda, produciendo tantos ecos como significados ha tenido y tiene. De entre esos múltiples ecos, la

**Sin que los aparentes amos se enteraran, las palabras han ido consiguiendo la inversión de los papeles**

conciencia escoge el más adecuado para la situación y lo instala coherentemente en la conversación pero, más allá de la conciencia, los otros ecos siguen resonando, siguen transmitiendo el mensaje polisémico del que son portadores.

¿Y para qué sirve saber eso? se preguntarán algunos. Sirve para estar advertidos. Sirve para que los que nos dedicamos al cuidado sepamos que, casi siempre, en el lenguaje del que enferma está inscrito el diagnóstico, la etiología, el tratamiento e incluso el pronóstico de su patología...

Sirve para saber que cada uno debe escucharse en el discurso cotidiano, identificando qué contamos de nosotros y cómo nos contamos...

Sirve para conocer que cada palabra evoca, además de su sentido literal, una o mil representaciones que se expresan a la par...

Sirve para permitirse atender aún a las expresiones aparentemente insignificantes porque ellas pueden ser la clave real del mensaje.

Sirve para convencernos de la necesidad de irle dando a las palabras que sustentan cada relación la importancia que tienen...

Sirve para reconocer que contruidos de símbolos como estamos, las palabras nunca son intrascendentes y dejan al ser pronunciadas regueros de significados a los que no somos jamás ajenos ni insensibles...

Sirve para tomar conciencia de que perdidas en gran parte las riendas del lenguaje, debemos estar muy atentos porque las palabras van por libre y, a pesar de eso, o puede que por eso, nos nombran.